



Juan Manzano Fernández-Heredia  
***IN HOC SIGNO VINCES***  
Pregón de Semana Santa de Utrera 2011







Pregón  
de la Semana Santa de la Ciudad de  
Utrera

Editan:

CONSEJO LOCAL DE HERMANDADES Y COFRADÍAS DE UTRERA  
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE UTRERA.

Foto Portada:

IGNACIO GONZÁLEZ

Fotos Interiores:

JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ BERNABÉ, S. de Q. G., TELMO SÁNCHEZ  
Y PACO LEAL.

Depósito Legal:

SE-2713-11

Imprime:

GRAFITRÉS, S.L. - UTRERA (SEVILLA)  
Cristóbal Colón, 12 - Tlf./Fax 95 486 15 61

**PREGÓN**  
DE  
**SEMANA SANTA**  
DE  
**UTRERA**

PRONUNCIADO  
EN EL  
TEATRO MUNICIPAL ENRIQUE DE LA CUADRA  
EN LA MAÑANA DEL DOMINGO DE PASIÓN,  
DÍA 10 DE ABRIL DE 2011

POR

**DON JUAN MANZANO  
FERNÁNDEZ-HEREDIA**



**CONSEJO LOCAL DE HERMANDADES Y COFRADÍAS**



PRESENTACIÓN

DON SALVADOR DE QUINTA GARROBO



Si tuviera que poner mi vida, mi hacienda o mi honor en manos de otra persona, casi no tendría dudas. No he conocido a nadie más responsable, incansable y honesto que Juan Manzano Fernández-Heredia, hijo y nieto de este pueblo, alumno ejemplar del colegio salesiano del Carmen, hermano mayor de Consolación y pregonero de Utrera.

He dicho incansable y me quedo corto. Cuando Juan acepta un compromiso es agotador.

Juan nació en Sevilla pero vivió en Utrera su infancia y primera juventud, los años que cuecen y afilan las querencias. Y se entretuvo en rebuscar pasados y perfiles anteriores a su vida.

Juan alimentó el amor desmedido que siente por Utrera en un pueblo muy distinto al de hoy; de ruidos apagados, de aguadores y fábricas de "nieve", de chiquillos con babis de crudillo, de municipales a los que no se les rechistaba, de cocinas de carbón, braseros de cisco y puñaditos de alhucema. Un pueblo de relaciones y visitas, de saludos en el campo y en la calle, de misas, de meriendas de pan con chocolate, de bicicletas y coches de caballos. De una casa de la calle Finitas con mecedoras de rejilla y radio y libros y olores de lavanda y almidón cuando se planchaba. Y un árbol por donde era capaz de trepar hasta la azotea. Una casa grande que disparaba su imaginación y que contrastaba con el piso paterno de Sevilla. Y un colegio que le gobernaba el tiempo de la mañana a la noche. El colegio donde aprendió los números y las letras, a ser hombre y cristiano, y a saltar mejor que nadie con la pértiga, de la que fue campeón indiscutible.

A Juan lo conocí hace doce años. Me lo presentó mi padre, en el Casino, un sábado al mediodía. “Salvador, te voy a presentar a Juan Manzano, sobrino de Sofía Heredia”. Lo recuerdo sonriente, satisfecho, escuchando y reteniendo cada recuerdo que mi padre daba de los suyos. Juan quería escribir una historia de su familia.

A los tres o cuatro meses lo vi por Santiago y lo invité a mi tertulia de Casa Morilla, que se juega, con cervecita y sueños de Utrera, con guasa y con ciencia, todos los jueves del año. Pues bien, desde aquel día no ha faltado nunca. Todos faltamos alguna vez, incluso el dueño de la casa, pero Juan nunca. Todos los jueves durante once años, haga viento, llueva o arda el aire.

Nieto e hijo de Utrera. No podemos dibujar al pregonero sin detenernos en dos personajes fundamentales en su existencia. El primero su abuelo, al que no llegó a conocer. Don Francisco Fernández-Heredia y Listrán, uno de los primeros asesinados en la brutal y estúpida y absurda y recurrente guerra civil española. En mi casa, que nunca hablaban de buenos y malos cuando referían el horror del 36, escuché muchas veces de muertos inocentes de los dos bandos. De muertos con nombres y apellidos. Y entre ellos, destacado, estaba don Francisco Fernández-Heredia, que había sido alcalde de Utrera en los años 25 y 26, un hombre conservador y reposado, ajeno a la política activa, que tenía algunas tierras y era católico practicante. Esos debieron ser sus delitos. Don Manuel Morales recordaba muchas veces que don Francisco fue el único alcalde del siglo XX que dejó dinero en las arcas municipales.

Pues la figura asesinada del abuelo inquieta al pregonero pero no de una manera histérica o justiciera, como ocurre a muchos nietos de ahora, sino de una forma reflexiva de la que brotan preguntas que no tienen respuesta. En su casa sólo oyó hablar de reconciliación y perdón, las dos únicas verdades que pueden cerrar aquella herida. Por cierto, las verdades olvidadas de la transición.

Otra figura destacaba en la sangre del pregonero es, naturalmente, su padre. Uno de los intelectuales españoles más importantes del siglo XX. Don Juan Manzano y Manzano, nacido en Madrid aunque alumno del Colegio Salesiano del Carmen, ha sido la máxima autoridad académica en una materia nada desdeñable: la figura de Cristóbal Colón, al que dedicó una amplísima y casi definitiva bibliografía, aceptaba por todos los estudiosos de la aventura colombina. Don Juan fue catedrático de Historia del Derecho y Rector de la Universidad de Sevilla.

Y se casó con Pepa Fernández-Heredia, una bendita de este pueblo, con la que tuvo diez hijos. Juan es el mayor.

Y ya que estamos con la familia, no puedo bosquejar este retrato dejando fuera a una utrerana de ley, una de las mujeres con más carácter que he conocido en mi vida, un portento de inteligencia y personalidad, que hoy disfrutaría como nadie viendo a su Juanito ante este atril: Sofía Fernández-Heredia. Sofía Heredia para la parroquia utrerana. Cabal, recta, derecha y altiva, devota, decidida, fuerte y enamorada de este pueblo. Una voz de mujer que se hizo oír en un pueblo dominado por hombres.

Una triple premonición. Juan estudió lo que se llamaba “clase chica” en el colegio Claret de Sevilla. Allí debía hacer la primera comunión, y ya estaba vestido de marinerito (primera premonición) cuando, viendo las mesas preparadas para el desayuno de después de la ceremonia, y estando solo, cogió una magdalena y se la comió. Una de sus tías, preparada para irse a la iglesia, vio la terrible acción del chiquillo y alertó a la familia: había roto el ayuno obligatorio de doce horas que se exigía para comulgar. Conmoción familiar: había que suspender la ceremonia.

Así que don Juan padre llamó al colegio de Utrera, donde tenía buenos amigos, y dispuso que Juanito hiciera la comunión una semana después, en el Carmen, junto a los niños de la “clase chica” del colegio. Salesianos y Utrera: segunda y tercera premonición.

Ah, y la hizo tan tranquilo y sin huella de trauma alguno. Hoy no sé yo lo que hubiera pasado.

Juan Manzano cursó la Media, Preparatorio y todo el bachillerado en el Colegio de Utrera, como mediopensionista; estudio los cuatro primeros cursos de Derecho en la Universidad de Sevilla y se licenció en la Complutense madrileña, donde hizo los cursos del doctorado.

En 1967 ingresó por oposición, con el número tres de la promoción, en el Cuerpo Jurídico de la Armada, recibiendo el despacho de Teniente un año después. En 1977 fue ascendido a Comandante Auditor. Su carrera en la Armada fue densa y variada, desempeñando sus funciones en la Zona Marítima del Estrecho y en el Ministerio de la Marina, donde ejerció, entre otros, los siguientes cargos: Asesor Jurídico de la Base Naval de Rota, Secretario de la Comisión Organizadora Interministerial del IV Centenario de la Batalla de Lepanto, Vocal de la Junta de Clasificación y Revisión Jurisdiccional, profesor del Centro de Instrucción de Marinería de Cádiz, Juez Marítimo Permanente número 4 de Cádiz o Consejero Legal del Almirante Jefe del Arsenal de *La Carraca*.

En este tiempo de la Marina, Juan cosechó innumerables distinciones y honores cuya relación dejaremos para otro día.

En 1977 se desvinculó del servicio activo asumiendo importantes cargos en la banca privada, primero como director de la oficina principal de Cádiz del Banco Industrial de Granada, luego como director de la oficina principal en Sevilla de la Caja de Ahorros de Ronda, de la que llegaría a ser director territorial para las provincias de Huelva y Sevilla; pasando posteriormente y por concurso a ocupar el cargo de secretario general técnico de la Federación de Cajas de Ahorro de Andalucía, empleo que todavía ostenta.

Pero antes y durante esta dilatada y brillante carrera profesional, Juan Manzano Fernández-Heredia conoció a una preciosa

rubita de la Plaza de San Pedro de Sevilla, con la que acabó contrayendo matrimonio y teniendo tres niños que, gracias a Dios, son excelentes personas, supieron terminar sus estudios, están todos trabajando y han creado sus propias familias, lo que no es poco en estos tiempos de zozobra. Le han dado tres nietos que lo tienen verdaderamente entusiasmado con la vida. Tres nietos, Pablo, Marta y Aurora, que trae muchas veces a Utrera para que vean dónde ahondan las raíces más queridas de su existencia.

Ya he dicho que Juan es un hombre de profundas convicciones religiosas, un católico de base implicado en diversos proyectos de la Iglesia, que reza cada día por un mundo donde reinen la justicia y el progreso.

Con relación a las cofradías, Juan es miembro de la Hermandad del Hospital de la Santa Resurrección, de la que ostenta el cargo de Hermano Mayor y en la que trabaja para devolver a la institución los derechos históricos que le niega el Patronato.

Igualmente es Hermano Mayor de Consolación, hermano de número de las sacramentales de Santa María y Santiago, y por lo tanto del Redentor Cautivo, y hermano de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y María Santísima de las Angustias de Sevilla (Estudiantes), donde lleva muchos años haciendo estación de penitencia.

Cuando viste su túnica de los Estudiantes es el nazareno más serio y callado de la cofradía. Ana, su mujer, que tiene mucha gracia, me contó un sucedido que humaniza alregonero. Cuando sus tres hijos eran pequeños, Ana los llevaba a ver la cofradía donde salía su padre. Imagínenla, acalorada con los tres chiquillos, pendiente de que no se le perdiera ninguno, con la pequeña en brazos... "Ahí viene". Y Juan, en su papel, y para dar ejemplo, seguía su curso sin mirarlos, empeñado en demostrar que estaba haciendo penitencia. Lo habitual en las cofradías de silencio. "Ese es papá". Pero papá no miraba y Ana no llegaba a entender tanta rigidez.

Pero un año, con los tres niños a cuestas camino de la cofradía, a Ana le roban la cartera en la calle Tetuán. “Este me va a mirar hoy”. Llega Juan, meciéndose en su vaivén de penitencia, serio, mentalizado para no mirar, cuando Ana se le acerca al oído y le dice: “Me han quitado la cartera”.

Y ahí se rompe el nazareno de silencio y renace el hombre preocupado. Vuelve inmediatamente la cara hacia ella y le pregunta. “¿Cuánto?”

Cualquiera podría pensar que Juan se apunta a un bombardeo y no es cierto. Juan asume responsabilidades sólo y únicamente como muestra de amor a las cosas que ama. No he conocido a nadie que se implique y complique más en un proyecto.

Fue miembro destacado de la Comisión Organizadora del V Centenario de Consolación, es miembro de la Orden del Mostachón, colabora habitualmente en la revista Vía Marciala, pertenece a otras muchas instituciones locales, viene casi todos los días a este pueblo, disfruta semanalmente de su tertulia en Casa Morilla y siempre está dispuesto a colaborar con cualquier iniciativa que mejore la cultura o las circunstancias de vida de esta ciudad. Y todos los domingos, a las nueve de la mañana, oye misa en su colegio de Utrera.

Este es nuestro pregonero.

Conocer a Juan Manzano, lo he pensado muchas veces, ha resultado crucial para ciertas cosas que me parecen importantes. Sin Juan en la tertulia, probablemente, no habría prendido la llama de lo que luego sería el V Centenario de Consolación. Sin Juan, ese V Centenario hubiera sido distinto y, probablemente, sin su apoyo moral, yo no lo hubiera terminado. Quizá tampoco sería ahora hermano mayor de Consolación, donde tiene importantes proyectos que me llenan de esperanza.

Hoy viene a darnos su Pregón de la Semana Santa de Utrera.  
Con ustedes, señoras y señores, mi querido amigo Juan Manzano Fernández-Heredia.



PREGÓN  
DE  
SEMANA SANTA

*In hoc signo vinces*



*A mi abuelo Paco,  
víctima utrerana de odios inhumanos;  
y a mi abuela María y a sus hijos,  
—uno de ellos mi madre—,  
ejemplos incommensurables de perdón y reconciliación.  
Siempre en mi recuerdo.*



*J. A. Fernández*

## *AVE MARÍA DE UTRERA*

Excelentísima ciudad de Utrera, ¡Dios te salve!

¡Dios te salve!, ciudad noble y leal, acogedora y entrañable; llena eres de la Gracia del Señor que siempre está contigo.

¡Dios te salve!, lugar llano, desahogado y descubierto, orlado por un cielo alegre, templado y saludable, bendecido por las benignas auras del mar, que son las aliviadoras “mareítas” del verano que vienen Valle del Guadalquivir adentro.

¡Dios te salve!, porque gozas de una arquitectura y un urbanismo señeros y estás adornada por monumentos magníficos y suntuosos y por rincones de extraordinaria belleza.

¡Dios te salve!, tierras de labor gruesas y fértiles, campos generosos de olivar, campiña y dehesa y esteros de sal blanca, despejada y de mucha virtud.

¡Dios te salve!, tierra del toro que hizo noble lo plebeyo y de caballos engendrados del viento.

¡Dios te salve!, a ti, que en la transformación del sustento has sido tahona, obrador, molino y lagar.

¡Dios te salve!, porque eres bendita y benditos son los frutos generosos de tus entrañas, mujeres y hombres de gallarda disposición, laboriosos, nobles, sabios, afables y buena gente.

¡Dios te salve!, patria de ilustres hijos que brillaron en todas las ciencias y en todas las artes, y que te fueron pregonando con orgullo.

¡Dios te salve!, adorable cuna de mi madre y de familiares queridísimos que me enseñaron a amarte y admirarte y que aquí vivieron y soñaron, y para los que, desde el inmenso desconsuelo que me produce su ausencia, va mi recuerdo entrañable.

¡Dios te salve!, patio de mi niñez, porque albergo permanentemente la añoranza de la inmensa cantidad de vivencias que apenas desde que nací conservo en mi corazón, de una infancia y una adolescencia que transcurrieron aquí, donde recibí los fundamentos de una educación personal, de una instrucción colegial y de una formación espiritual, grabadas a fuego en los hondones de mi ser y que han resultado fundamentales en el devenir de mi existencia.

¡Dios te salve, Utrera!, mi querida y vieja amiga. No me son suficientes ni las delicadas lisonjas anteriores que te han dedicado tus hijos ilustrados, ni las pobres y escasas que yo pudiera enhebrar, para glosar, siquiera sea torpemente, todo cuanto me es obligado decirte. Pero bendigo especialmente esta ocasión pregonera, porque inmersos como estamos en la vorágine del tiempo, cegados como vamos por la polvareda que levanta el ajetreo de nuestro camino vital, ofuscados como vivimos confundiendo el accidente con la esencia, se me pasaban los minutos y las horas, los días y las noches, las alboreadas y los atardeceres, y no te decía, Utrera, que te quería; y no te decía, Utrera, compañera, que puedes contar conmigo, porque estás tan metida en mis adentros y tienes de tal manera prisionero a mi corazón como cuando una pasión sensual anhela alcanzar un imposible deseo.

## *SALUTACIÓN GRATULATORIA*

Ilustrísimo señor Alcalde de la ciudad, que tenéis confiada por el pueblo su gobernación. Hacedlo como un regidor ejemplar que tuvo esta Villa, madrileño de cuna que se hizo utrerano por amor y que procuró hacer todo el bien que pudo a las gentes, aunque pagó con su vida no sé muy bien qué deudas reclamadas por los odios que en momentos aciagos de la historia de España se enseñorearon de nuestro pueblo.

Reverendo señor Cura Párroco de la de Santa María de la Mesa, Rector del Santuario de Nuestra Señora de Consolación y Vicario Episcopal de la zona este, que ostentáis la representación de la Iglesia en este acto y que ejercéis la difícil responsabilidad de dirigir espiritualmente a nuestras hermandades, impregnándolas de las esencias del cristianismo de nuestro tiempo. Utilizad esas energías espontáneas que se producen en tan importantísimo movimiento seglar, encauzándolas por la senda adecuada.

Ilustres señores Presidente y miembros del Consejo Permanente del Consejo Local de Hermandades y Cofradías, que lleváis adelante la compleja tarea de gobernar los asuntos de interés general de las hermandades. Sed, con mano dúctil, instrumento de integración de todas porque de esa unión nacerá una fortaleza beneficiosa para cada una de ellas.

Dignísimos señores hermanos mayores y miembros de las claverías de las hermandades, que dirigís vuestras corporaciones con entusiasmo y dedicación. No busquéis modelos fuera; tomadlos del buen hacer de tantos y tantos cofrades utreranos



*J. A. Fernández*

ejemplares que os han precedido en vuestras predilecciones devocionales.

Respetables cofrades utreranos, que llenos de amor a vuestros Sagrados Titulares formáis parte de las nóminas de nuestras corporaciones. Sabed que las hermandades son un magnífico instrumento para el desarrollo de nuestra fe, pero hemos de ser conscientes de que para ser buenos cofrades antes tenemos que ser buenos cristianos.

Señoras y señores.

Cúmpleme ahora, porque ello es de buena nacencia, dejar constancia de los sentimientos de gratitud que en este momento quieren salir de mis entretelas y que he de hacer extensivos:

—En primer lugar, y en la persona de su Presidente, al Consejo Local de Hermandades y Cofradías por haberme designado pregonero de la Semana Santa de Utrera de 2011, en una decisión tremendamente arriesgada por el escasísimo bagaje con que puedo afrontar tan ardua encomienda.

—En segundo término, a mis compañeros de la tertulia que tiene su sede en las instalaciones artesanales de Manolo Morilla, —que ejerce como excelente anfitrión—, quienes desde el momento mismo de conocerse mi designación han ejercido de cirineos virtuales para sostener mi ánimo ampliamente sobrepasado por este compromiso.

—En tercer lugar, a tanta y tanta buena gente con la que he contraído deuda perpetua de gratitud por su cariño, por su cercanía, por las palabras de aliento y por la confianza depositada en mi persona.

—En cuarto lugar, ante el senado y el pueblo utrerano, doy las gracias a Ana, mi mujer, que durante cuarenta años ha sabido conducir nuestro matrimonio con mano amorosa y exquisita sensibilidad; y a nuestros hijos Ana y Óscar, Juan y Aurora y Paula y Jorge, que se han doctorado con la calificación de sobresaliente “cum laude”, tras cursar la licenciatura con la que han obtenido el título de “buenas personas”, que es el

grado académico más alto al que se puede aspirar en lo humano. Ellos, además, nos están pagando con creces lo poco o mucho que les hayamos podido ayudar, haciéndonos abuelos de Pablo, Marta, Aurora y de la pequeña Anita, todavía en el vientre de su madre, y que hasta ahora son nuestras cuatro maravillosas esperanzas de prolongación familiar. Gracias a todos ellos por ser como son y por ser lo que son para mí.

—Y finalmente, he de manifestar mi agradecimiento a mi hermano Salvador por su presentación, ampliamente exagerada y que sólo entiendo fundamentada en la grande y entrañable amistad que nos une, consolidada a lo largo de los años y forjada en las múltiples ocasiones en las que juntos hemos trabajado denodadamente por las más diversas causas utreranas. Él ha sido, en la sombra, el gran muñidor de la situación en que me encuentro hoy, que ha conseguido con perseverancia germánica. Por lo demás, su presentación no es que carezca de defectos, porque es brillante como todo lo que él hace, sino que está preñada de excesos. Gracias Salvador, por el afecto que me dispensas, que deseo siempre corresponder. Gracias por haber apostado por mi designación. Gracias por tu presentación. Gracias por todo. Sabes que estoy permanentemente en situación de disponible para colaborar en cuantas iniciativas puedan redundar en beneficio de Utrera. Muchísimas gracias, hermano.

Dice la letra de la “toná”: “abuelos, padres y tíos, de los buenos manantiales nacen los buenos ríos”. Y fiel a las acendradas convicciones que me aportaron los riquísimos manantiales familiares en los que he bebido, y reforzado con los principios insobornables que me han inculcado los míos, pongo el pregón en manos de Santa María Virgen, Madre de Dios y de la Iglesia, representada por las devociones de toda mi vida: por mi vinculación con la Armada Española invoco la protección de Nuestra Señora del Carmen, devoción de las queridísimas Madres Carmelitas y de los marinos, que la llamamos Iris de eterna belleza, y Estrella y Fénix de hermosura de los mares, y le solicitamos abrigo en las tempestades de la vida; y por mi

formación salesiana solicito el amparo de María Auxiliadora, amor de cuantos nos educamos en el carisma de Don Bosco, y rendidos a sus plantas le pedimos que nos conceda su auxilio para salvar las situaciones comprometidas de nuestra existencia, que en la hora de la muerte nos dé su consuelo y que al dejar esta vida nos lleve al Cielo, como seguro que ha hecho con el benemérito salesiano, mi queridísimo don Antonio Martín Notario, que ha marchado con Ella hace sólo unas semanas.

Pero por mi costado utrerano me pongo a los pies de Nuestra Señora de Consolación, pasión de toda la gente de Utrera, que nunca nos niega su protección, que le pido muy especialmente en estos momentos para las personas que se han dignado acompañarme en la Junta de Gobierno de su hermandad, y que se han ofrecido a trabajar para Ella para agradecerle mínimamente cuanto nos ha regalado.

No dejes nunca, Virgen Bendita del Consuelo, a este pueblo que tiene puestos sus ojos en Ti desde hace quinientos años. Y si en algún momento ves que flaqueamos; si el materialismo o el olvido o la pereza llevan a nuestro corazón la tibieza; si los envites de un mundo desquiciado derriban los pilares de nuestros fervores o destruyen los cimientos de nuestro entusiasmo y arrancan de nuestro pecho la esperanza, zarandea, Madre mía, nuestra modorra; reaviva nuestras ilusiones y nuestros recuerdos y haz que se grabe con letras de fuego en lo más profundo de nuestro corazón la firme convicción de que si un día las culpas de todos nosotros dieron origen al drama de la Cruz, el amor de tu pueblo levantó el monumento de nuestras hermandades penitenciales, como antorchas brillantes de la fe y como baluarte seguro de su amor, para que Utrera sea siempre la Utrera transfigurada de los días de la Pasión.

¿He dicho que no nos dejes? ¡Pero si sabemos que no nos dejas, Madre! Esa es nuestra esperanza y esa es nuestra fe, sólidamente ancladas en la experiencia de que siempre estás ahí. Esa es nuestra suerte, ¡qué suerte, Señora!



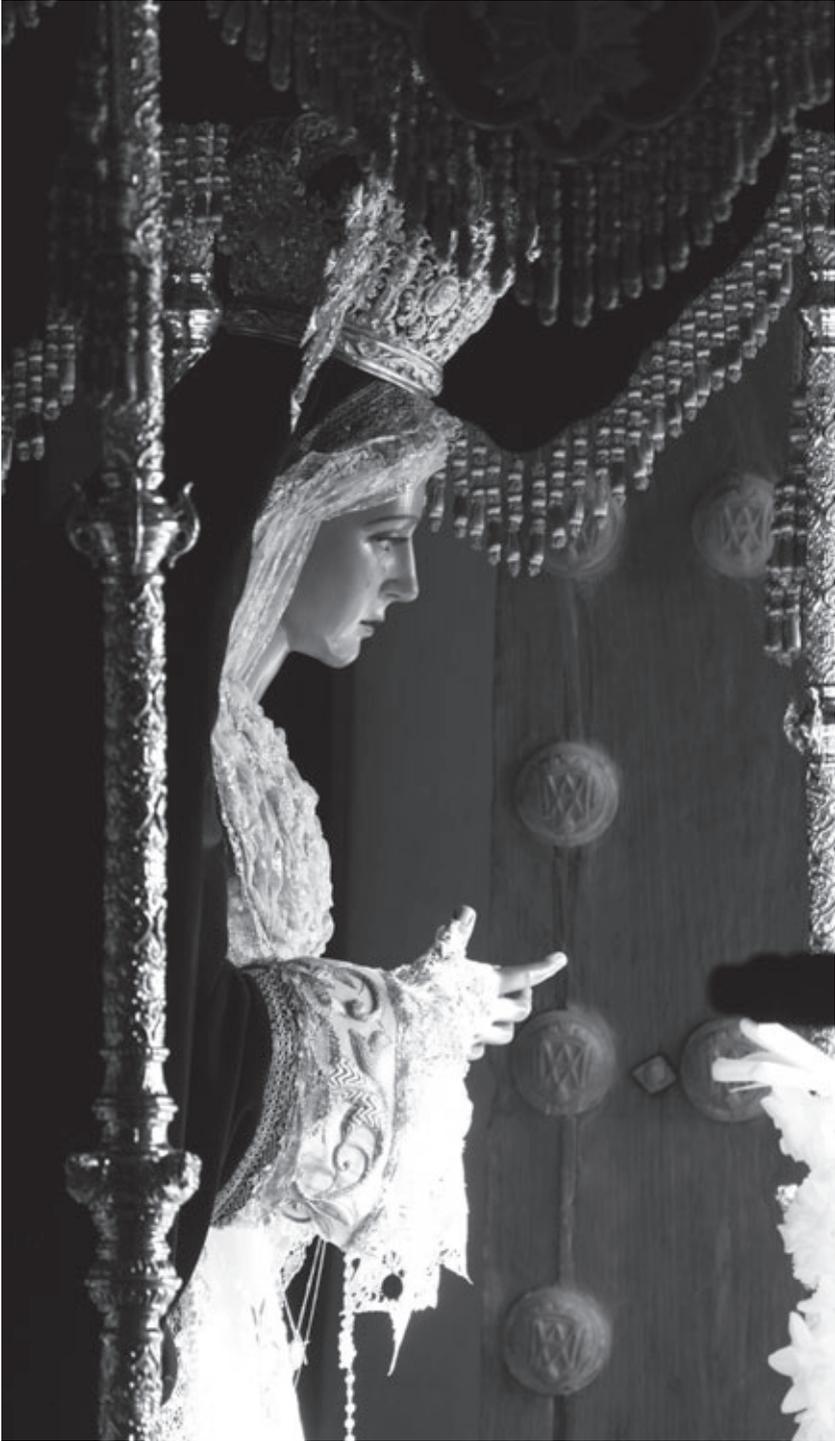
*Telmo Sánchez*

¡Qué suerte tienes Utrera!,  
porque en este valle de lágrimas,  
lleno de penas y espinos,  
dispones de una Madre amantísima  
que te da consuelo y cobijo.

¡Qué suerte tenéis utreranos!,  
porque allá en su templo lejano,  
solicita, cercana y tierna,  
siempre nos está esperando  
la del “barquito en la mano”.

¡Qué suerte tengo, Señora!,  
por estar tan cerca de Ti,  
ofreciéndote mis desvelos,  
mis afanes, y mi esfuerzo,  
por lo mucho que te debo.

Virgen de Consolación,  
Madre, Alcaldesa, Patrona y Reina,  
referente y consuelo de tu pueblo,  
intercede por todos nosotros,  
y ampara por siempre a la ciudad de Utrera.



*J. A. Fernández*

## LA CRUZ, MISTERIO DEL AMOR DE DIOS

Voy a contarte, Utrera, unos hechos que acaecieron hace muchísimos años. Tú no existías, pero a tus tierras iban llegando las lejanas influencias de una civilización señera en la historia de la humanidad: Roma. Cuentan que por aquí anduvieron los soldados del emperador, en camino por la *Vía Augusta*, que en el puente de *Las Alcantarillas* enlazaba la Bética con el Norte, y consta que por estos pagos se situaron *Alice*, *Siarum*, *Salpensa*, *Oripippo* y *Leptis*, poblaciones todas ellas que se regían por las normas del Imperio.

Corría el año 33 de nuestra era. Jesús, un singular personaje, de patria galileo y conocido como “el Nazareno”, viene ejerciendo en los últimos años su ministerio público por Judea, región de Palestina. En Betania rescata de la muerte a su amigo Lázaro, y esta noticia fue la gota que hizo rebosar el vaso de la paciencia de los pontífices y fariseos que entendiendo que la actuación del profeta había llegado demasiado lejos y movidos por el temor de perder su posición económica y su poder, se reúnen en consejo en el que deciden poner fin a la actuación del que consideraban una amenaza para el interés público y hacen un llamamiento general mandando que “todos los que sepan donde está lo digan, para que sea encarcelado y ejecutado”.

Jesús conoce la decisión y el domingo anterior a la luna llena del mes de Nisán judío, entra en Jerusalén a lomos de un borriquillo, ante la aclamación de los leales, la curiosidad de algunos, la indiferencia de otros y la actitud amenazante de

otros muchos. Todos han oído hablar de Él y unos le quieren y otros le odian.

Durante unos días difunde su palabra acompañado de sus seguidores, y estando retirado en un lugar conocido como *Getsemaní* es detenido, previa delación traicionera de uno de los suyos que lo vende por 30 monedas de plata, una de las cuales, según una amable tradición que pudo constatar el viajero francés Germond de Lavigne, acabó en la parroquia de Santiago de Utrera. Llevado ante los jerarcas religiosos y políticos es sometido a un juicio que se sitúa en el centro de la historia del procedimiento criminal romano, no sólo por la entidad del acusado, sino también por la trascendencia histórica, cultural y religiosa que ha tenido a través de la historia y la civilización judeocristiana. En dicho proceso, en el que se conculcaron las leyes penales y procesales que ya en ese tiempo tenían un enorme nivel técnico-jurídico, no se formuló citación, se procedió a un arresto ilegal, no hubo acusación fundada, no se probaron suficientemente los hechos, y fue condenado a muerte.

Ésta es la historia del final de un Hombre que “pasó haciendo el bien”. Ésta es la sentencia con la que se condenó a un visionario que en un manifiesto revolucionario titulado *Sermón de la Montaña*, llamó bienaventurados a los pobres, a los pacíficos, a los que lloran, a los que anhelan la justicia, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los que aman la paz y a los perseguidos. Ésta es la historia de la ejecución de un Hombre justo, porque resultaba molesto al establecimiento oficial de la época. Ésta es una historia que hoy se viene repitiendo contra muchos cristos vivos, por la cruel acción de intransigencias y fanatismos de todo orden. Fue un Hombre justo y su legado es un mandato de Amor, pero fue condenado a morir en la Cruz.

La Cruz. Unos afirman que es un símbolo maldito; para muchos el Cristo de la Cruz es un Cristo débil y derrotado. Y en efecto, la Cruz es símbolo de humillación, derrota y muerte para todos aquellos que ignoran el poder de Cristo para cambiar humillación por exaltación, derrota por victoria y muerte por vida.

La Cruz nos habla de un Dios hecho hombre y solidario con el hombre. La muerte de Jesús, lejos de significar su final, se convierte en faro que por los caminos del mundo ha de alumbrar la expansión del cristianismo. Porque muere Jesús pero nace su Iglesia; y a poco de morir, salen de las tierras de Galilea aquellos pescadores, rudos pero poseídos ya de las luces del Espíritu Santo, predicando que Aquél que creían un impostor era verdaderamente el Hijo de Dios. Y nada puede detener ya la influencia espiritual de la Cruz.

En la exaltación de su amor a Cristo, Ángela de la Cruz, la Madre de las benditas Hermanas de la Cruz, decía que su país era la Cruz y fuera de Ella se sentía forastera. Quienes profesamos la fe en Jesucristo tenemos la Cruz como símbolo identificador y más allá podemos descubrir en Ella el cumplimiento y la plena revelación de todo el Evangelio de la vida, que se hace catequesis pública en Semana Santa.

“Cuando tocamos la Cruz, tocamos el misterio de Dios, el misterio de Jesucristo, el misterio maravilloso del amor de Dios, la única verdad realmente redentora”, decía nuestro Santo Padre el Papa Benedicto XVI a los jóvenes españoles que recogieron la imponente y majestuosa Cruz que será el testigo y cabecera de la Jornada Mundial de la Juventud que se celebrará en Madrid el próximo mes de agosto, y que va a suponer, sin duda alguna, un nuevo aliento de vida cristiana para todos los creyentes españoles y, de manera especial, para los jóvenes.

La Semana Santa utrerana nos proporciona una extraordinaria lección de muerte en la Cruz. Cinco impresionantes crucificados —*Perdón, Amor, Afligidos, Buena Muerte y Milagros*—, erigidos con la suprema dignidad que únicamente puede darse en el Dios-Hombre, hincados en montes de lirios y claveles amorosamente colocados por artistas de lo sublime, cuidados por los desvelos de los buenos priostes de esta tierra y portados con mimo por los costaleros utreranos que no quieren infligir al Señor daños sobreañadidos, van pregonando públicamente, a quienes lo quieran oír, que la Cruz no es el final sino el principio de una vida, vivida sobreabundantemente desde la suprema óptica de Dios. Son los Cristos utreranos



*J. A. Fernández*

que, aun en el trance de la tragedia que supone la condena a muerte en la Cruz, todavía tienen aliento para perdonarnos, para darnos todo su Amor, para acordarse de los que sufren, para mostrarnos la bondad de su muerte y para patentizar el misterioso milagro de la Redención.

Ésta es la grandeza de la Cruz, el mensaje sublime del Señor dirigido, decíamos, a quienes lo quieran oír... Pero nos preguntamos, ¿qué mueve a las gentes que vemos esos días en nuestras calles cuando contemplan al Cristo del Perdón por el Paseo de Consolación, al Señor del Amor por Rodrigo Caro, al Jesús de los Afligidos por la calle de San Francisco, al Cristo de la Buena Muerte por la plaza del Altozano o al Santo Señor de los Milagros por Ramón y Cajal?; ¿qué se mueve en su interior cuando en medio del gentío pasa en silencio el que expira en el Calvario?; ¿qué extraña disyuntiva determinó que un hermano de nuestra hermandad optara por una cruz para hacer su estación penitencial? En estos tiempos convulsos y extraños para la fe, podría desencantarnos que las cofradías pudieran perder su parte de instrucción religiosa para convertirse, ante los ojos de muchos indolentes, en un mero espectáculo público. Pero aunque muchos sólo miraran pero no interiorizaran el compendio de verdad y vida que Jesús representa en la Cruz, ahí queda su testimonio y su Verdad.

Yo lo he podido experimentar personalmente, cuando vi en el rostro de mi amigo forastero, apartado de la fe, escondidas lágrimas de emoción contemplando el rostro bellísimo de Nuestro Padre Jesús Nazareno, desde un discreto rincón de la capilla de San Bartolomé:

—*“Qué te pasa...”* —le dije. No pudo contestarme; pero cuando unos momentos después cruzábamos la Vereda, camino de la basílica salesiana, me decía con voz entrecortada:

—*“Hay algo; definitivamente hay algo”*.

Hoy asistimos a la desaparición progresiva del símbolo de la Cruz. Desaparece de las casas, desaparece de lugares públicos, pero sobre todo desaparece del corazón de muchos hombres y



*S. de Q. G.*

mujeres a quienes parece molestar la presencia de Jesús en la Cruz. Ante las feroces campañas de eliminación del Crucifijo han circulado profusamente por internet las palabras que el 22 de marzo de 1988 escribía la novelista Natalia Ginzburg en las páginas del diario *L'Unitá*, órgano por entonces del Partido Comunista italiano: "El crucifijo no genera ninguna discriminación. Calla. Es la imagen de la revolución cristiana que diseminó por el mundo la idea de la igualdad entre los hombres, hasta entonces ausente. El crucifijo representa a todos. Antes de Cristo nadie había dicho jamás que todos los hombres, ricos y pobres, creyentes y no creyentes, judíos y no judíos, negros y blancos, son iguales y hermanos".

La Cruz, supremo símbolo en sencilla representación, como le mandaba León Felipe al carpintero:

Más sencilla...

Sin barroquismo,  
sin añadidos, ni ornamentos;  
que se vean desnudos los maderos,  
...y decididamente rectos.

Los brazos en abrazo hacia la Tierra,  
el astil disparándose a los cielos.  
Que no haya un solo adorno  
que distraiga este gesto;  
este equilibrio humano  
de los dos mandamientos.

Más sencilla...;

haz una cruz sencilla, carpintero.

Una vez superadas la conmoción, las emociones y las sensaciones de los días que se sucedían tras el anuncio del honroso cargo de pregonar la Semana Santa de Utrera, cada vez que mi espíritu encontraba un ratito de tranquilidad, andaba desasosegado y empeñado en la identificación de un lema para el pregón, cuando en la rutina burocrática diaria para despachar los recibidos en las últimas horas, abrí el correo electrónico y encontré el remitido por el entonces Hermano Mayor de la Ilustre Hermandad utrerana de los Nazarenos, mi fraterno amigo Antonio Cabrera que, tras felicitarme por el

nombramiento, me anticipaba que en 2011 se cumplía el cuarentingentésimo vigésimo quinto aniversario de la fundación de la Santa Cruz de Jerusalén, cuya Cruz de guía presidiría este acto si otorgaba su venia la Hermandad de los Muchachos de Consolación que, posteriormente, tuvo el bellissimo gesto de cederle el turno que le correspondía. Y me decía que siendo la primera vez que una Titular de una Hermandad estaría presidiendo oficialmente este escenario, debiera recibir los honores que le corresponden. Pues aquí está, querido Antonio, el homenaje del pregonero a la Cruz, porque Ella es el faro orientador que andaba buscando y, en efecto, como predecías, estoy sintiendo en mis entrañas la fuerza que me otorga esa bendita Cruz Redentora de las cinco llagas del Señor. Permíteme, en una intromisión que espero disculpes, que al alimón contigo rubrique este breve pero sentido homenaje:

Cuatro cruces y una Cruz,  
cinco llagas del Señor,  
en las manos, en los pies  
y en el divino costado.

Cruces de sangre roja,  
Cruz de Jerusalén,  
Cruz del Jesús de Utrera,  
Señor de los utreranos.

## *SEMANA SANTA, FE Y SENTIMIENTO*

Estamos reunidos aquí, —en una ceremonia ritual convocada anualmente por las hermandades y cofradías utreranas—, para pregonar la Semana Santa, acontecimiento de extraordinaria relevancia religiosa, pero que también nos aparece rodeado de toda una serie de elementos más o menos próximos, e incluso alejados, de aquella realidad trascendente.

¿Qué es la Semana Santa? ¿Cómo podemos interpretar un fenómeno de naturaleza tal, que pervive a lo largo de los siglos con una fuerza creciente y que constantemente supera distintas y diversas realidades religiosas, sociales y culturales? ¿Cuáles son las claves para poder descifrar un acontecimiento tan íntimamente arraigado en nuestra sociedad? ¿Es una celebración unísona o por el contrario permite descubrir en ella variadas e incluso contradictorias interpretaciones?

Como otras de carácter religioso, la Semana Santa es una festividad de enorme importancia en todos aquellos lugares cuyas culturas han sido influenciadas por el cristianismo, aunque sólo en Andalucía ha adquirido las especiales connotaciones que hoy conocemos, que la han convertido en uno de los elementos más característicos de nuestra identidad cultural. De hecho, alguien ha podido decir que la Semana Santa es el paradigma primoroso y esencial de la Iglesia andaluza.

En ella se concitan las cualidades más sublimes y las más difícilmente explicables, por la multiplicidad de aspectos desde los que puede ser considerada, que hacen baldíos los intentos de una explicación simplista.



*J. A. Fernández*

Desde mi posición personal, fundamentada en profundas convicciones cristianas, me importa comenzar afirmando que la Semana Santa es, antes que nada y esencialmente, una celebración religiosa, en la que se conmemora la pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, hombre histórico —lo que constituye la esencia misma del cristianismo— y, según los dictados de la fe, Hijo de Dios. Estamos ante el recuerdo de unos hechos que efectivamente acaecieron y que han tenido, en el conjunto de la historia universal, una trascendencia sin parangón.

Sea cual sea el enfoque con que se la analice, estamos ante la escenificación pública de aquellos misterios desde la perspectiva eclesial, pero matizada por una cultura popular religiosa de múltiples, valiosos y variados matices, que es el modo específico y peculiar con que nuestro pueblo entiende y vive su relación con Dios.

La Semana Santa no es, ciertamente, un paréntesis en la vida cotidiana, como parece vivirla la sociedad actual, sino que es penetrar hasta el fondo de esta vida real, donde no nos encontramos con decisiones éticas, ni con grandes ideas, sino con Dios mismo. La ciudad exterioriza su fe, sus más arraigadas creencias cristianas en la fidelidad a unas tradiciones heredadas de generaciones anteriores y en el amor a unas imágenes devocionales. No es un mero alarde de arte, que lo es y en grado supremo, sino la presencia de Dios en nuestras calles, y eso la gente lo percibe:

—*“Si esa imagen fuera sólo una escultura esto no estaría lleno de gente”*, —le oí decir a alguien que presenciaba el discorrir silente y cadencioso del Señor Cautivo por la calle de Santa Clara.

Me importa, por tanto, dejar bien claro que el aspecto religioso es el fundamental. Si ello no fuera así nuestra Semana Santa sería mero folclore o, por decirlo con duras palabras de Shakespeare sobre la vida, “un cuento que nada significa representado por una panda de idiotas”. Y me interesa remarcarlo, aunque sólo sea para salir al paso de algunas apreciaciones de quienes, so pretexto de no sé muy bien qué prejuicios, o



*J. A. Fernández*

desde posiciones populistas más demagógicas que otra cosa, o desde formulaciones de falsos progresistas, que alguien ha calificado como *capillitas culturales*, deseosos siempre de desacralizar nuestra Semana Santa, entienden que estamos ante un fenómeno que no tiene demasiado que ver con el aspecto religioso.

Pero a partir de esta evidencia, es decir, desde el reconocimiento de la esencia rotundamente religiosa de la Semana Santa, para intentar la aproximación a los elementos que la configuran, aparece una multiplicidad de enfoques, que dependen ya de la actitud con que cada uno la percibe.

Es, en efecto, la percepción personal, la posición individual de cada uno ante ella lo que concreta los múltiples perfiles de la Semana Santa. Así, encontramos quien aprecia los elementos culturales, o su componente sociológico, o la expresión estética, o su faceta emocional, o centra su análisis en el aspecto económico de cuanto se mueve a su alrededor, o destaca lo que tiene de espectáculo, o quien lo considera como algo inocuo, o algo incluso rechazable. Son las diversas visiones de la Semana Santa que nos explican la Historia, la Antropología, la Sociología, el Arte, la Literatura o la Economía.

Para alcanzar una mayor precisión entiendo que es necesario tener en cuenta todas estas facetas a la vez, porque todas aquellas consideraciones, muchas de ellas contradictorias entre sí pero todas reales, componen, combinadas, ese mosaico en gran medida único que es la Semana Santa.

Pero además es un acontecimiento mucho más propicio para vivirlo que para analizarlo, para sentirlo que para contarlo. Es desde la sensibilidad y no desde la racionalidad como se facilita su comprensión. Cada persona vive y siente la Semana Santa de manera distinta a como la viven y la sienten otras.

En efecto, la Semana Santa es sentimiento. Sentimiento colectivo de todo un pueblo inmerso en la celebración, y sentimiento personal ante tantas y tantas situaciones llenas de plasticidad, y ante tantas y tantas vivencias íntimas y privativas de cada uno que ejerce de protagonista, que no testigo, de esta conmemoración extraordinaria.

Joaquín Romero Murube lo dejó dicho con fineza literaria: “La Semana Santa tiene cuerpo y alma. La muchedumbre, el exorno, el bullicio, las largas comitivas solemnes,... todo el abigarrado conjunto extraño de un pueblo dedicado al ejercicio apasionado de su fiesta, constituyen la parte externa de este venero hondísimo de fervor, sentimiento y tradición. Nosotros percibimos el alma de la Semana Santa: la sentimos, o mejor, nos sentimos alma. El forastero, por el contrario, no percibe más que lo exterior, lo transitivo e inestable, aunque sólo esto basta para deslumbrarlo, ya que nuestra Semana Mayor es la materialización de la vida y la historia, de la ciudad y el tiempo, del corazón y la trascendencia. Es la fiesta de los conceptos imponderables: muerte, dolor, Dios, y eternidad”.

La clave esencial de la Semana Santa, el halo mágico que la rodea y su proyección más allá de los cambios históricos, se debe a la existencia de un canon interior que conforma su estructura y su liturgia y que perdura esencialmente a lo largo del tiempo. Está constituida por un conjunto de normas propias, no escritas sino establecidas por la costumbre, que definen sus contornos de una manera precisa, cuyos elementos constitutivos son, a mi modo de ver: proporción, medida, equilibrio, compás, armonía, y estética, es decir, las características configuradoras de la belleza y de las más excelsas artes.

¿No es eso un paso de palio? ¿Hay algo estéticamente más perfecto que un paso de palio de nuestra Semana Santa, proporción misteriosa, volumen inexplicablemente ajustado a unas reglas y unas medidas clásicas, no diseñado por consagrados maestros del arte sino surgido de las entrañas del pueblo soberano?

¿No es eso el Cachorro, el Cristo eternamente agonizante, hijo de un utrerano, “pasma de los sentidos y fuente inagotable de emoción estética” —como lo describió nuestro inolvidable don Manuel Morales—, obra cumbre de la imaginería universal nacida, a impulsos de inspiración y de sentimiento, de la gubia prodigiosa de Francisco Ruiz Gijón?

¿No es eso la música, el silencio, las luces, las sombras, la noche, el día, la saeta, la oración, las flores, los olores, los colores, la amanecida, el atardecer, el andar de un paso, la explosión de la naturaleza ...?

Fe, sentimiento, proporción, medida, equilibrio, compás, armonía, estética, belleza y expresión artística de una cultura conforman el fundamento y el canon mágico de nuestra Semana Santa, que entre todos tenemos que preservar. Esa es la responsabilidad de quienes ejercéis el gobierno de las hermandades, para que con vuestra actitud vigilante, con vuestro testimonio personal y en defensa del extraordinario legado del que sois depositarios, contribuyáis a preservar las esencias y evitar el desbordamiento del canon regulador de nuestra Semana Santa. Entre todos podemos y debemos aportar nuestro granito de arena para imposibilitar la desproporción, la desmesura, el desequilibrio, el descompás, la desarmonía y el mal gusto.



*Telmo Sánchez*

## *LAS HERMANDADES, FRENO A LA SECULARIZACIÓN*

Cualquier visión pretendidamente acabada de la Semana Santa, como la entendemos en nuestra tierra, quedaría incompleta sin hacer una referencia a su componente fundamental, aunque no único, que son las hermandades y cofradías.

El hecho devocional de la Pasión surge en el Siglo XIV y en el XV nacen las hermandades para la contemplación devota de la Pasión del Salvador y para el ejercicio de las liturgias penitenciales. Y ello ocurre porque el pueblo deja de fijar su atención en el Antiguo Testamento, más críptico y lejano en sus relatos, y se deja subyugar por el Nuevo Testamento, que con mayor plasticidad y sencillez explica todos estos misterios esenciales. Así surgen las hermandades y cofradías que tras una larga evolución representan la plasmación de vivencias religiosas en el individuo, en la familia y en la sociedad.

El pregonero no va a descubrir un mundo ignoto al afirmar que desde el punto de vista jurídico-canónico las hermandades son asociaciones de laicos para fines de carácter religioso, pero ha de constatar que con frecuencia se oyen algunas consideraciones claramente erróneas sobre su naturaleza y esencia. Es cierto que se reconoce a los laicos la libertad de fundarlas y dirigir las, pero no lo es menos que con dos condiciones insoslayables: que han de tener en cuenta el bien común de la Iglesia y que su regulación corresponde a la autoridad eclesiástica.

“Son Iglesia y para la Iglesia y están al servicio del Evangelio”, tiene dicho el Arzobispo de Toledo y Primado de España; y



*J. A. Fernández*

nuestro Arzobispo, a quien parece injusto que se las califique de productos religiosos de menor calidad, ha dejado claro en una reciente entrevista, —en la que hace una valoración muy positiva de las hermandades y cofradías—, que éstas tienen muchas cosas buenas, que es un camino que permite a muchos cristianos vivir comprometidamente la fe cristiana, y que están siendo un freno a la secularización de nuestra tierra.

Nuestras corporaciones no están formadas por grupos elitistas, ni por comunidades distinguidas, sino por personas corrientes, de toda clase, edad y condición; cristianos de a pie, con más defectos que virtudes, que pasan la mayor parte del día dedicados al trabajo, a la familia, a sobrevivir en medio de la jungla en que hemos convertido a nuestra sociedad, y que quitando horas al descanso dedican un “sobreesfuerzo” marginal a trabajar por y para ellas, recibiendo de la devoción a sus sagrados titulares la fuerza espiritual suficiente para sostener o aumentar la fe y, algunas veces, para no perderla.

Es cierto que, en ocasiones, en ellas aparecen zonas de sombra, en las se cultiva el individualismo, el fulanismo y los protagonismos personales, que hacen que algunos las utilicen como plataformas de influencia social y personal; actuaciones sectarias y exhibicionistas, en personas claramente beligerantes para la consecución de objetivos difícilmente justificables, incompatibles con lo que no debe ser más que una actitud de servicio a los demás con el decidido propósito de que la actuación de cada uno no ponga en riesgo el inmenso patrimonio espiritual y material que han recibido del esfuerzo de muchos durante mucho tiempo, y que ha de ser legado en las mejores condiciones a las nuevas generaciones.

Es cierto que en el seno de las hermandades, a veces se descuidan o se desnaturalizan y desvirtúan los verdaderos y auténticos fines para los que han sido constituidas y que vienen nítidamente expresados en sus Reglas.

Es cierto que, desde fuera, hay interés por parte de algunos de desnaturalizarlas, tratando de reducirlas a algo así como a unas asociaciones culturales encargadas de organizar en primavera unos desfiles procesionales de interés turístico y etnológico.



*S. de Q. G.*

Y es cierto también que, a veces, desde dentro de la propia Iglesia se menosprecian sus valores y calidades, en una actitud similar, si se me permite la licencia, a lo que en situaciones de conflicto armado se ha dado en llamar modernamente como “fuego amigo”.

Pero no lo es menos, que junto a estas facetas negativas, contra las que las hermandades han de luchar con denuedo, también hay otra cara iluminada, refulgente, en las que las vemos como ámbitos en los que se fomenta la religiosidad y la espiritualidad, en los que se facilita la participación y la convivencia, en los que se dan testimonios de entrega a los demás y de dedicación a los más necesitados.

Tampoco podemos ignorar la ingente labor social que realizan de manera silenciosa, dando testimonio de solidaridad cristiana en un encomiable esfuerzo por mejorar la realidad que nos circunda. Son incontables los proyectos asistenciales a los que las hermandades prestan su apoyo, bien a través de la participación directa, bien mediante la implicación efectiva de sus miembros en algún proyecto específico o bien mediante obras en colaboración con otros organismos o instituciones.

También es de destacar la enorme repercusión que la actividad de las hermandades tiene en la economía, por la existencia de numerosas empresas industriales y artesanales que proporcionan trabajo a miles de personas dedicadas a la elaboración de los más variados productos que son consumidos por ellas.

Es pues, mucha y muy importante la labor que realizan y que las hacen merecedoras de reconocimiento. Y ello no es narcisismo capillita ni cofradiero del que este pregonero tiene manifestado que hay que huir a ultranza, sino la constatación de la realidad. Ello no quiere decir que, en cuanto obra de los hombres, sean perfectas, porque como alguien ha dicho aquellas tendrán siempre mucho que revisar, que renovar, que corregir y que eliminar pero, desde luego, muchas de las mejores obras de nuestro pueblo en el campo de lo espiritual se realizan a través de las hermandades, que constituyen, a no dudarlo, uno de los pilares fundamentales de nuestra Iglesia.

¿Qué pasaría si desapareciera de nuestra tierra toda la construcción secular que han promovido las cofradías? ¿Qué pasaría si algún día se cerrara ese cauce de difusión de la semilla del apostolado que son las hermandades? ¿Qué alternativa hay a la inmensa cantidad de actividades religiosas y sociales que realizan? ¿Cuántos templos estarían cerrados sin su ayuda? ¿Cuántos cultos dejarían de celebrarse si no estuvieran organizados por las hermandades? ¿Cuántas obras asistenciales que ahora son una realidad no serían más que una utopía sin la ayuda de las bolsas de caridad? ¿Cuántos cofrades que ahora se sienten cercanos a Dios animados por el culto a sus titulares pasarían al grupo de los indecisos y paradójicos “católicos no practicantes”?

A los señores representantes de la autoridad eclesiástica en las hermandades les pediría que procuraran ser para nuestras corporaciones esa mano paternal necesaria para que, bajo su impulso espiritual, aquellas sean foco coherente y luminoso de la fe en Cristo. En las hermandades se desarrollan unas energías que nacen espontáneas y que han de ser aprovechadas, como decía al principio en mi saludo al representante de la Iglesia en este acto, para llevarlas por el camino correcto.

Urge que los cofrades sean plenamente conscientes de sus obligaciones y que sepan poner en orden los valores por los que han de trabajar, que tienen en primer y fundamental plano el relacionado con la espiritualidad, con la formación y con la preocupación por las cuestiones sociales. Pero también es necesario que quienes ejercen la tutela espiritual sepan reconocer lo mucho de bueno que tienen a su disposición y aprecien la impresionante labor que vienen realizando las hermandades desde tiempo inmemorial.

Hay mucho de positivo a defender y mantener y hay excrecencias que han de ser eliminadas. Hagámoslo. Extirpemos lo que pueda haber de desviado. Pero lo que no es de recibo es menospreciar o suprimir del mapa religioso de nuestra tierra esos hitos luminosos, fecundos y eficaces que pusieron nuestros antepasados como instrumento, uno de los más idóneos, para el apostolado seglar y que han sido avalados por el

dictamen favorable de la historia. No podemos, ni seglares ni eclesiásticos, renegar de lo que constituye un pasado común que todos, durante mucho tiempo, hemos alentado, cobijado y sostenido; ni en modo alguno se puede pretender alterar nuestro legítimo modo de hacer, nuestro estilo, nuestra propia idiosincrasia, porque las hermandades tienen derecho a pedir que si la Iglesia quiere ser africana en África, americana en América o asiática en Asia, —y ello no hace más que fortalecer su universalidad—, inexorablemente, por postulados de justicia que son irrenunciables, no sólo tiene que ser catalana en Cataluña como demandan sus pastores, sino que ha de ser andaluza en Andalucía y utrerana en Utrera.



*J. A. Fernández*

## PASIÓN UTRERANA

Incompleto quedaría el pregón, en el que el pregonero ha querido dejar sus reflexiones sobre cuestiones tan relevantes como la trascendencia radical de la Cruz, la naturaleza poliédrica de la Semana Santa o la decidida defensa de nuestras hermandades, si no lo culminara con una referencia a la Pasión según Utrera. Y si no lo hiciera, los “exigentes” cofrades utreranos, al decir de mi amigo Salas, de “El Bosque”, podrían reclamarme daños y perjuicios por haberles hurtado una cuestión tan central como la proclamación de los acontecimientos pasionistas vistos por nuestro pueblo.

Pues bien, ¿cómo se plasman, Utrera, los acontecimientos de la Pasión en tu Semana Mayor? ¿De qué mimbres se ha surtido la liturgia, verdadera teología del pueblo, para recordar los episodios finales de la vida de Jesús de Nazaret? ¿Qué momentos se han querido revivir? Veámoslos, de la mano de los buenos poetas utreranos Florisel de Góvela, Manuel Morales y Salvador de Quinta, a los que el pregonero rinde su particular homenaje de gratitud por cuanto hicieron y de admiración por cómo lo hicieron.

Cada primavera, cumpliendo la antigua profecía, *Jesús hace su entrada triunfal* por tu barrio de la Trinidad. Quiere estar con los humildes y con los niños, que dan rienda suelta a sus primeras ilusiones cofradieras; pequeños nazarenos en los que nos vemos representados los que lo fuimos; chiquillería con palmas en ristre, corazones cargados de emociones y bolsillos llenos de caramelos.

¡Mira, Utrera!, como hace dos mil años Jesús va a pasar de nuevo ante nosotros; el Señor vuelve a merodear por tus verdes campiñas y por los espléndidos olivares y dentro de pocos días volverás a verlo de nuevo cruzar tus calles recibiendo la adoración de todo un pueblo que se hace niño para estar más cerca de Dios. ¡Mira, Utrera!, que ya está aquí el Señor, ábrele tus puertas, porque por ellas va a entrar el Rey de la Gloria. ¡Niños de Utrera, alegraos! Vestíos con vuestras túnicas albicelestes de la cruz trinitaria y aclamad al Señor: ¡Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor!; ¡Hosanna en lo más alto del cielo!; ¡Hosanna en nuestras calles porque el Señor ya está entrando en Utrera!

Luego Jesús sale de San Bartolomé, con sus discípulos, hacia el *Huerto de los Olivos*. En el camino les anuncia lo que va a ocurrir, les dice que todos sentirán vergüenza de Él, que lo abandonarán esa noche y que Pedro le negará. Llegan a Getsemaní, que está en las afueras, en lugar solitario y apartado, donde Jesús se retira a orar y donde siente angustia y tristeza por la cercanía de los tormentos de su Pasión que sabe inmediata. Jesús, nos lo cuenta Florisel,

Se acerca lento a la cerca  
con tan leve caminar  
y con tan suave presencia  
que bien parece que teme  
lastimen sus pies la tierra.

—“Apartaos y rezad”,  
dice a los otros que llegan.

Él se arrodilla pausado  
y pegando el rostro a tierra  
eleva hacia el Padre Eterno  
su voluntad sin fronteras:

—“Aparta de mí este cáliz  
antes de que desfallezca.  
Más si esa es tu voluntad  
hágase y que presto sea”.

Es la oración suplicante del buen Jesús que, llevado por su condición humana, se dirige al Padre pidiéndole que le evite el sufrimiento, pero que inmediatamente se dispone a aceptar los altísimos designios que le fueron encomendados.

En esto estaba el Señor, rodeado de unos discípulos abandonados al sueño, cuando llegan los soldados con el traidor, que le besa con beso traidor y saludo traidor: —“*Dios te guarde Maestro*”. Y lo apresan.

La puerta del Perdón de Santiago, “la de los puñales” como la llama ese maestro de capataces que es Manolín Álvarez, se abre y *Jesús, Cautivo*, sale a la balaustrada y es mostrado al pueblo. Está saliendo el *Silencio* de Utrera y es momento de silencio porque es necesario un intenso recogimiento para que el pueblo, que contempla la escena sobrecogido y angustiado, pueda pararse a meditar en esta escena terrible, que resulta incomprensible para las almas buenas. Junto al Convento de las Carmelitas unas buenas mujeres, que observan la escena con asombro y desconcierto, se preguntan: —“*¿Pero qué mal ha hecho este Hombre?*”

Su Madre, que no puede contener sus *Lágrimas*, va caminando detrás, abriéndose paso entre las gentes, como la vio un poeta tan querido del pregonero y tan preclaro como don Manuel Morales, que nos dejó esta saeta para la Señora de sus amores:

Dejadla pasar, hermanos,  
que va llorando María;  
temblándole van las manos;  
ya no le queda alegría  
en los ojos soberanos.

En pleno proceso-farsa, *Jesús* es despojado de sus vestiduras, *atado a una columna* y azotado, con la finalidad de debilitar su estado físico. Y esta escena se vive en San Francisco y se revive en el porche de Santa María, donde los aceituneros, intentando quitarle las ligaduras, preguntan: —“*¿Es que pretendéis matar a este hombre antes de sentenciarle?*”



*Paco Leal*

Lirio tronchado al soplo de la ira  
—nos dice don Manuel—  
en el campo de mármol del Pretorio;  
ánfora que vertió todo su vino  
en el alto lagar de la columna...

Y María, que presencia tanta violencia, nos ofrece la *Paz* de una Madre que se sabe corredentora.

Jesús es cargado con su Cruz en la Capilla de la Vereda. Es el *Jesús Nazareno*, que por tus calles, Utrera, va a caminar hacia el Calvario acompañado por su pueblo y por su Madre, sobrepasada por infinitas *Angustias* por no poder dar consuelo a su Hijo.

Comienza a salir el cortejo hacia la calle de la Amargura, y el pregonero, que ha encontrado un hueco entre la gente, está recordando aquellos versos geniales que Salvador, el buen padre de su presentador y utrerano excepcional, dedicó al Nazareno de sus amores en la tensa espera de una madrugada de Viernes Santo, y que hoy traigo aquí en homenaje a su imprecadera memoria:

La luna juega a los toros  
con el brillo de un lucero.  
¡Callarse, callarse todos!  
Un momento de silencio,  
que están abriendo las puertas...  
Y Jesús el Nazareno  
va cortando la mañana  
como un clavelón abierto.  
Su caminar es cansino,  
jadeante, triste, lento...,  
y en la mueca de su cara,  
llena de arroyos bermejos,  
hay un no se qué que llega  
a lo más hondo del pecho.  
¡Sacarlo así, despacito!  
Poquito a poco, con tiento.  
¿No le veis que ya no puede  
con la carga del madero?

Y Jesús en la Cruz: “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su único Hijo”. Desde lo alto de la Cruz, Jesús es un inmenso tratado de *Amor*; desde lo alto de la Cruz, Jesús es todo un símbolo de *Perdón*; desde lo alto de la Cruz, Jesús brinda consuelo a los *Afligidos*; desde lo alto de la Cruz, Jesús es el inmenso e inescrutable misterio del cristianismo, es el milagro de los *Milagros*. Y estas realidades nos vienen maravillosamente explicadas, en una eficaz catequesis pública, por las cofradías de los Estudiantes, de los Muchachos de Consolación, por la hermandad trinitaria y por la recentísimamente reconstituida hermandad del Santísimo Cristo de los Milagros. Jesús duerme un sueño de muerte y sin embargo va derramando vida en su recorrido por tus calles y plazas, y tú, Utrera, que estás sintiendo en tus entrañas el terrible vacío de la orfandad, viendo pasar como fruto de muerte al Cristo prendido en la Cruz, sabes que no quedas sola y desvalida, porque en tu corazón reinan la Madre de las *Veredas*, la Señora de la *Amargura*, la Virgen de los *Desamparados* y *María Santísima de la Concepción* que, incesantemente, derraman sus bendiciones sobre todos tus hijos.

Jesús muere. Se ha infligido una muerte cruel pero resulta una muerte dulce; se ha querido una muerte atormentada pero resulta una muerte serena; se ha pretendido una muerte humillante pero resulta una muerte dignísima. Es la *Buena Muerte* del Cristo de los Gitanos y de mi Cristo universitario. Es una muerte que, a través de su Madre, nos devuelve la *Esperanza*. Entre el gentío de la calle Nueva, una voz, soleá del pueblo gitano, nos dará su lección de eternidad:

Mira si es Buena tu Muerte  
que tiene a Dios entregado  
y ni a tocarte se atreve.

Y Salvador de Quinta nos dice que el Cristo gitano se ha muerto entre saetas:

Santiago se ilumina.  
Ya se han abierto las puertas  
para que salga este Cristo  
que tiene la piel morena.

Este Cristo que no ha muerto.  
Aunque tiene la cabeza  
desplomada sobre un hombro,  
algo de vida le queda  
para oír cómo le cantan  
sus gitanos, los de Utrera...

Cruje el cantar en la noche.  
Hierde el "ay" de las saetas.  
Asombra la luna pálida.  
Duele la sangre que riega  
la cruz, los lirios, el paso...  
Claveles frescos se incendian  
con la sangre de este Cristo  
que llegó a la calle Nueva  
con un hilillo de vida.  
¡Qué poca vida le queda!

Hay quien muere entre tapices.  
Hay quien muere en la miseria.  
Hay quien muere en un palacio  
y hay quien muere en una cueva.  
Pero nadie, nadie muere,  
es imposible que muera  
como este Cristo gitano  
dentro de la calle Nueva  
y oyendo cómo le cantan  
sus gitanos, los de Utrera.

Las estrellas se estremecen.  
La luna angustiada tiembla.  
¡El Cristo de los Gitanos  
ya se ha muerto entre saetas!

Y al ver a Jesús muerto, me pregunto:

Si eso de tu Cruz es muerte  
llamemos muerte a la vida  
y muera yo eternamente.  
Pero muera como Tú,  
con esa muerte solemne  
donde todo se transforma,  
se transfigura y se enciende.

Jesús ha de ser bajado de la Cruz. De un corazón dolorido brota la saeta que es canto, rezo y plegaria: —“*¡Quién me presta una escalera, para subir al madero,...!*”

*Jesús es descendido de la Cruz* y depositado en los amorosos brazos de María, que siendo Madre de Dios y Reina de los *Ángeles* no deja de acumular dolor sobre dolor, en una angustia sólo entendible desde su faceta humana y maternal, tragándose a grandes sorbos su soledad, aún sabedora de que se está cumpliendo el destino de su Hijo-Dios. Las hijas de *Ángela* de la Cruz, *ángeles* santos de nuestro mundo, procuran darle consuelo. Y Salvador, que ve a María bajo la Cruz con su Hijo muerto en brazos, la recordaba en el portalito con su Hijo vivo en brazos, cantándole unas nanas:

¡Ay, las nanas que en Belén  
le cantaban a aquel Niño  
goloso de leche tibia  
tan rosado, tan chiquito,  
que en el cuajarón de un beso  
se te quedaba dormido  
igual, lo mismo que ahora,  
pero en vez de muerto, vivo!

¡Qué lejos aquellas nanas  
que le cantabas al Niño!

Costaleros utreranos.  
Hombres fuertes. Campesinos  
curtidos por los trigales  
y entre los campos de olivo.

Meced. Meced a la Virgen  
con la gracia y con el ritmo  
que le da el viento suave  
a las palmas y a los trigos.  
Mecedla así, que no sufra,  
que ya bastante ha sufrido.

¡Ay, las nanas que en Belén  
le cantabas a aquel Niño!

Virgen de la Quinta Angustia  
¡Cómo crujen los latidos  
de ese corazón de Madre  
por la muerte de tu Hijo!  
¡Que te lleven con dulzura!  
Te pongan como un hechizo.  
Como una venda en los ojos  
para que al mirar al Hijo  
que llevas roto en las faldas,  
tronchado como los lirios,  
te pienses que no está muerto.  
Que no está muerto. Está vivo.

Como aquél que allá en Belén  
tan rosado y tan chiquito,  
en el cuajarón de un beso  
se te quedaba dormido.

Finalmente el *Entierro de Jesús*. El cortejo sale de San Francisco hacia el lugar convenido, y tú, Utrera, asistes al entierro del Señor. Tras el cuerpo yerto de Jesús, su Madre, con ropaje negro de negra pena, absolutamente rota por los *Dolores* que martirizan su alma. Qué bello el poema que le dedicó Salvador

¡Ay, Virgen de los Dolores!  
Límpida flor de los cielos.  
¡Cómo se me agita el alma  
cuando te visten de negro!



*S. de Q. G.*

Tras una jungla de cirios  
oscilantes por el viento...  
Rodeada de azucenas  
y de clavelitos frescos,  
mientras tocan "Amargura"  
y el paso se va meciendo  
entre capirotes largos  
como juncos ribereños,  
la Virgen de los Dolores  
sale vestida de negro.  
Negros son sus bellos ojos.  
Negros son sus nazarenos.  
Negritas son sus pestañas.  
Sus ojeras de humo espeso  
y hasta el mismo corazón,  
quebrado de sufrimientos  
por la muerte de su Hijo,  
lo lleva teñido en negro.  
Toda Ella es una noche  
sin estrellas ni luceros  
donde no existe más luna  
que la de su rostro hebreo.

¡Ay, Virgen!, cómo me turba  
ese contraste del negro  
con el blancor de tu cara  
donde citándose fueron  
las níveas plumas del cisne  
las espumas del océano,  
los marfiles, la alborada  
y la flor del limonero.

¡Ay, Virgen, cómo me embriago  
cuando a solas te contemplo!  
Aunque tu manto sea verde  
como campo marismeño,  
o tenga color de trigo,  
de amapola o pensamiento,  
Tú serás siempre bonita  
porque en Ti todo es perfecto.

Pero como más me gustas,  
como me llegas más dentro,  
como das escalofríos,  
como me rompes los nervios  
y me arrancas los sudores  
y pones firmes los vellos,  
es cuando llorando pasas  
detrás de tu Hijo muerto,  
noche de Sábado Santo  
toda vestida de negro.

—“*Porqué lo mataron, abuelo*”, —me preguntó Pablo, mi nieto, cuando en las pasadas navidades, después de visitar el belén de la Iglesia de San Francisco, entramos en ella y le mostré la imagen del Señor muerto. Le contesté:

—“*Él sólo dijo que nos quisiéramos, que fuéramos buenos, pero hubo gente mala que no lo entendieron...*”.

—“*¿Y por eso sólo, abuelo?*”

¡Qué difícil contar a un niño que alguien ha podido hacer mal a alguien que sólo ha sembrado Amor! ¡Qué difícil de entender, incluso para los adultos, tanto odio, tanta ira, tanta miseria del hombre!

No me había dado cuenta, pero al mirarlo observé que Pablo se había quedado triste. No hacía más que mirar a la urna con ojos sobresaltados y entonces decidí contarle el final de historia:

—“*Pero mira, Pablo, Jesús a los tres días de morir resucitó y desde entonces está en el Cielo con su Padre y con su Madre, y si somos buenos, un día estaremos con Él y será nuestro mejor amigo*”.

Creí entender por su semblante, aunque permanecía en silencio, que algo le habían reconfortado mis palabras porque podría haber comprendido que aquella dura escena no representaba el final de una vida.

En efecto, la vida de Jesús no se termina en el fracaso del sepulcro. Qué bellamente lo tiene contado mi queridísima maestra pregonera Mari Ángeles Márquez

¿Es que te fuiste, Señor...?  
¡Si está tu presencia intacta...!

Sí que te fuiste, Señor,  
se quebró tu carne humana,  
pero Tú resucitaste  
al desperezarse el alba  
abandonando el sepulcro  
de paredes frías y blancas...

En la Semana Santa se da la dualidad vida-muerte. Jesús muere para dar vida. Tras el trance final de la Pasión, que parece derrota, que es muerte, la Resurrección, que es victoria, que es vida y es esperanza. He aquí la clave que explica el carácter festivo que, no sin reproches foráneos, tiene para nosotros la celebración: la seguridad de que la historia termina bien.

Así lo entendemos y lo sentimos nosotros, porque para todos nosotros la Semana Santa es sentimiento, experimentación sensitiva de los valores materiales, pero también experimentación en el alma de los valores trascendentes de nuestra existencia.

¡Querida Utrera! Nos preparamos para comenzar nuestra Semana Santa, en la que podremos vivir plenamente nuestra fe y revivir fecundamente nuestros gozos. Este año me ha correspondido el inmenso honor de alzar el telón y descubrirte transformada, más propia, más recóndita, más embrujada.

Cumplida de este modo mi misión, solicito tu venia para retirarme, para que mi presencia no estorbe que el júbilo pueda comenzar a desparramarse por tus calles, por tus plazas, por tu gente y por tus casas.

Sólo me queda darte las gracias, Utrera, de todo corazón, y pedir para ti y para todos tus hijos, que el Santísimo Cristo Negro de Santiago, con su infinita bondad, y su Santísima Madre del Consuelo, con su amor maternal, tus benéficos Patronos, te bendigan a ti, a los presentes y a los ausentes por los siglos de los siglos. Amén.



*J. A. Fernández*

## BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA DOMÍNGUEZ, Pregón de la Semana Santa de Sevilla. 8 de abril de 1984.
- ALCAYDE, Antonio. *Nos amó hasta el extremo*. Artículo publicado en el diario ABC de Sevilla, el 7 de abril de 2009.
- ARZOBISPADO DE SEVILLA. *Normas diocesanas para Hermandades y Cofradías*. Sevilla. 1997.
- BENEDETTI, Mario. *Hagamos un trato*. Poema.
- BENLOCH POVEDA, Antonio. *Código de Derecho Canónico*. Madrid. 1993.
- BOZA Y RIVERA, Juan. *Corografía de Utrera, sus hazañas y proezas gloriosas de sus hijos*.
- BRAVO FERRER, Miguel. Pregón de la Semana Santa de Sevilla. 7 de marzo de 1948.
- BUSTOS RODRÍGUEZ, Antonio. *Pasión en Sevilla*.
- CABRERA RODRÍGUEZ, Antonio. *La antigua cofradía utrera de los Nazarenos*. Utrera. 1997.
- CABRERA RODRÍGUEZ, Antonio. *Consejo Local de Hermandades y Cofradías de Utrera. Gran jubileo del año 2000*. Utrera. 2000.
- CABRERA RODRÍGUEZ, Antonio. *La Cofradía del Santo Crucifijo de los Milagros*. Utrera. 2004.
- CAMACHO, Ignacio. *El bucle melancólico*. Artículo publicado en el diario ABC de Sevilla. 2003.
- CAMPUZANO ZAMALLOA, José Luis. Pregón de la Semana Santa de Sevilla. 16 de marzo de 1958.
- CARO, Rodrigo. *Memorial de Utrera*.
- CENTRO BÍBLICO HISPANO AMERICANO. *Santos Evangelios*. Madrid. 1958.
- DÍEZ CRESPO, Manuel. *Nuestra Semana Santa como juego*. Artículo. Sevilla. 1988.
- FLECHA ANDRÉS, José Román. *El Crucifijo no discrimina*. Artículo publicado en el Boletín Salesiano, en enero de 2010.
- FORO DE OPINIÓN CARDENAL NIÑO DE GUEVARA. *Las hermandades en la batalla de la cultura*. Artículo publicado en la revista "Pasión en Sevilla". Nº 34. Febrero, 2011.

- FORO DE OPINIÓN CARDENAL NIÑO DE GUEVARA. *Cometidos de las Hermandades*. Artículo publicado en el diario ABC de Sevilla, el 8 de marzo de 2007.
- GARCÍA DE ENTERRÍA, Eduardo. *¿Cristo de nuevo resucitado?* Artículo publicado en el diario ABC de Sevilla, en 1996.
- GERMON DE LAVIGNE, Leopold Alfred Gabriel. *Itineraire descriptif, historique et artistique de l'Espagne et du Portugal*. 1866. Págs. 414-415.
- GIOVANNI PAPINI. *Historia de Cristo*. Madrid. 1939.
- GÓMEZ DE LA TORRE, José Luis. Pregón de la Semana Santa de Sevilla. 4 de abril de 1976.
- GÓMEZ GONZÁLEZ, José Joaquín. Pregón de la Semana Santa de Sevilla. 28 de marzo de 1982.
- GONZÁLEZ MORENO, Joaquín. Artículo publicado en la revista "Vía Marciala". Nov-Dic 1979, nº 187-188, pág. 15.
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, Francisco. "Florisel de Góvela". Poesías.
- HERRERA CRUSSET, Carlos. Pregón de la Semana Santa de Sevilla. 1 de abril de 2001.
- INFANTES FLORIDO, José Antonio. *25 años de pastoral*. Córdoba. 1992.
- JIMÉNEZ CORPAS, Roberto. *El Silencio del Redentor Cautivo 1954-2004*. Utrera. 2004.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ-DALP, Ignacio. *Mirarán al que atravesaron*. Artículo publicado en el diario ABC de Sevilla, el 8 de abril de 2009.
- JULIOS CAMPUZANO, Alfonso de. *La acción social en las hermandades. Una perspectiva desde la historia y la actualidad*. Ponencia en el Encuentro de Hermanos Mayores, en la sede de la Fundación Cruzcampo. 30 de noviembre de 2002.
- MANFREDI CANO, Domingo. Pregón de la Semana Santa de Sevilla. 23 de marzo de 1969.
- MARÍN CAMPOS, Manuel. *Ante el Cristo del Amor y el Amor de Cristo*. Artículo publicado en la revista "Pasión Utrerana", en 1981.
- MARTOS NÚÑEZ, Juan Antonio. *La Pasión de Cristo en la Semana Santa de Sevilla*. Sevilla. 1994.
- MENA VILLALBA, Francisco Javier. *Eucaristía, Pasión y Gloria*. Utrera. 1999.
- MENA VILLALBA, Francisco Javier; MORALES ÁLVAREZ, Manuel y MUÑOZ RAMÍREZ, María Dolores. *Guía Turística de Utrera*. Utrera. 1987.
- MORALES ÁLVAREZ, Manuel. *Semana Mayor en tono menor*. Utrera. 1990.
- MORALES ÁLVAREZ, Manuel. *Utrera, mito y ensueño*. Utrera. 1991.
- MORALES PADRÓN, Francisco. Pregón de la Semana Santa de Sevilla. 16 de marzo de 1986.
- MORENO NAVARRO, Isidoro. *La Semana Santa de Sevilla. Confirmaciones, mixtificación y significaciones*. Sevilla. 2001.
- NÚÑEZ DE HERRERA, Antonio. *Semana Santa: Teoría y realidad*. Sevilla. 1981.
- ORTIZ MUÑOZ, Luis, y ARENAS LADISLAO, Luis. *Semana Santa en Sevilla*. Sevilla. 1992.

- PALMA, Luis de la. *La Pasión del Señor*. Madrid. 1985.
- PEMÁN PEMARTÍN, José María. *Declaración a Granada*. 1958.
- PINEDA NOVO, Daniel. *Martínez Kleiser y su visión de la Semana Santa sevillana*. Artículo publicado en el diario ABC de Sevilla. 1988.
- QUINTA GARROBO, Salvador, y RODRÍGUEZ MÉNDEZ, José. *Semana Santa de Utrera*. Utrera. 1996.
- QUINTA RODRÍGUEZ, Salvador. *A esta es*. Utrera.
- REQUEJO CONDE, María Rosa. *La Semana Santa sevillana en la literatura de los siglos XIX y XX*.
- RÍO SOTOMAYOR, Juan del. *Descripción de Utrera*.
- ROMÁN MELÉNDEZ, Pedro. *Epílogo de Utrera, sus grandezas y hazañas gloriosas de sus hijos*. Sevilla. 1730.
- ROMERA, Esteban. *Financiación de la Iglesia: el papel de las hermandades*. Conferencia. Sevilla. 2003.
- ROMERO MURUBE, Joaquín. *Sevilla. (Antología)*. Sevilla. 1994.
- RUBIO RUBIO, José María. Pregón de la Semana Santa de Sevilla. 17 de marzo de 1991.
- SÁNCHEZ-APELLÁNIZ VALDERRAMA, Francisco. Pregón de la Semana Santa de Sevilla. 12 de marzo de 1961.
- SÁNCHEZ DEL ARCO, Manuel. *Cruz de Guía: Exégesis profana de la Semana Santa en Sevilla*. Madrid. 1943.
- SAYÉS BERMEJO, José Antonio. *Razones para creer. Dios, Jesucristo, la Iglesia*. Madrid. 1999.
- SHAKESPEARE, William. *Macbeth*. Act. V, esc. 5.
- VARIOS AUTORES. *Jesús Nazareno de Utrera*. Utrera. 1997.
- VARIOS AUTORES. *Gran Jubileo del año 2000*. Utrera. 2000.
- VARIOS AUTORES. *Santo Entierro Grande*. Utrera. Utrera. 2007.
- VILARIÑO UGARTE, Remigio. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*. Bilbao. 1939.



Este libro se terminó de imprimir,  
en la ciudad de Utrera, el día 7 de abril de 2011,  
festividad de Ntra. Sra. de la Caridad.



















Consejo Local de Hermandades  
y Cofradías



Excmo. Ayuntamiento  
UTRERA